

LA EVANGELIZACIÓN. El contexto. Desafíos, provocaciones y retos de la cultura.

1. El evangelio y la cultura: lucha y fecundidad.

La evangelización, para ser eficaz, ha de alcanzar el núcleo íntimo de lo humano, aquel donde el hombre aprende a *identificarse* en su relación con los demás, con el mundo que le rodea y consigo mismo. Este núcleo está siempre configurado comunitariamente y se expresa en formas de comprender la realidad, tradiciones, leyes, símbolos, ritos,... individuales y sociales. Es a esto a lo que llamamos *cultura* (GS., 53).

El hombre que se dejan cuestionar por el Evangelio entran siempre en una crisis de discernimiento que proviene de la alternativa que se le presenta:

- ser definido por el límite que le marcan las formas culturales donde adquirió su identidad rechazando una palabra distinta; *o*
- re-definirse desde este Evangelio que acoge y trasciende los mejores valores existentes en ella y desafía las tendencias que reducen o amenazan la verdad última de lo humano.

Se trata de una verdadera lucha pues en su desarrollo el hombre se revela espontáneamente a dejar de ser el “sí-mismo” de siempre y a aceptar morir a su antigua identidad y visión del mundo. Sin embargo, el evangelio no busca anular la identidad cultural, sino re-figurarla, pasarla por el tamiz de una verdad que la supera. Por otra parte, el evangelizador, sabedor de que comprende el evangelio de forma limitada, debe morir al absolutismo de su palabra que no coincide con el evangelio que se dice a través de ella. Éste debe reconocer en la cultura a la que se dirige realidades apenas sentidas o desconocidas que pueden ayudarle a discernir su propia forma de comprensión del evangelio. Es decir, una cultura debe producir una humildad o muerte del evangelizador en pos del crecimiento del evangelio (lo que llamamos *inculturación*).

Por eso mismo, el diálogo fe-cultura requiere una fuerte dosis de humildad, pero, a la vez, una fuerte vitalidad evangélica en la que la propia vida (individual y eclesial), criada en esa misma cultura, manifiesta una novedad que hace luminosos sus mejores aspectos y muestra y denuncia las sombras y límites que la habitan (EN., 20)¹.

2. Presencia interior a la cultura y evangelización.

En nuestro contexto, la evangelización de la cultura se produce desde un diálogo interior con ella. No se trata de dialogar y evangelizar a una cultura que existe en el exterior del cristiano o de la Iglesia, sino de la evangelización de una cultura a la que pertenecemos y que, en mayor o menor medida, nos define.

Además, hay que hablar de la diferencia entre cultura y creaciones culturales. Mientras que la primera nos define a todos y todos somos sujetos suyos, las creaciones

¹ “Algunas veces dar testimonio de Cristo significa sacar de una cultura el significado pleno de sus intenciones más nobles (...), otras significa desafiar esa cultura, sobre todo cuando la verdad sobre la persona humana está amenazada” (Juan Pablo II, Visita a EE.UU., 8 de Octubre de 1995)

culturales dependen de un grupo que tiene la capacidad de expresar, imaginar, recrear e influir en la cultura desde sus aspectos estéticos (simbólico imaginativos). Cuando la Iglesia habla de cultura no se refiere sólo a este último ámbito, sino sobre todo al primero del que todos participamos y por el que todos estamos afectados. Por eso, todos somos artífices, en algún sentido, de nuestra cultura (GS., 55). Todos, según nuestra vocación personal, somos directa o indirectamente, evangelizadores de la cultura².

Ahora bien, *nuestro contexto* es de tradición cristiana. Es decir, la cultura ha estado configurada por el cristianismo. Esto significa que una mirada siquiera superficial a los espacios (familiares y sociales) de acceso a la vida observa que estos se encuentran atravesados por palabras, símbolos, conceptos, ritos surgidos del cristianismo, incluso en aquellos que han abandonado la fe. Sin embargo, el ya consolidado proceso de secularización y la indiferencia religiosa de gran parte de nuestra sociedad han vaciado en buena medida esta estructura cultural cristiana de su contenido originario. Además, muchos ritos o creencias se mantienen como datos identificadores de fuerte arraigo, pero externos en su significatividad vital o desarraigados de una fe personalizada y eclesial. Por tanto, no bastará para evangelizar nuestra cultura con mantener signos cristianos externos, lo mismo que para dialogar con ella no será suficiente hacer exposiciones o ciclos de conferencias. Esta evangelización de la cultura necesita vivificar la experiencia que la configuró de forma que su vivencia en medio del nuevo orden cultural suscite un nuevo pensamiento, nuevos símbolos, ritos sociales, formas legales,... como ámbitos de vida humana.

Evangelizar la cultura es convertirla, a través de su encuentro con el evangelio, en vehículo de vida personal y social. Es convertirla, a partir de lo que ella misma es, en hogar simbólico-social donde el hombre pueda descubrir sus máximas posibilidades, y ejercer su ser persona, conciudadano y pastor del mundo³.

3. La Iglesia como palabra, sacramento y fermento en medio de la cultura.

El Concilio nos señala que “la cultura debe estar subordinada al desenvolvimiento integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad humana entera” (GS., 59). Pero, ¿cómo se realiza esta misión?. Creemos que podríamos desglosar la presencia cultural de la Iglesia en tres formas complementarias:

a) La primera forma de presencia podría definirse como *presencia vocativa* (la Iglesia como *palabra*). La Iglesia hace sentir la voz de Dios sobre las situaciones en las que la vida del hombre se desarrolla. Es necesario perder el miedo a una palabra pública de la fe, para alentar o denunciar. Esta palabra no pertenece sólo al magisterio eclesial, sino que toda predicación debe acompañar las situaciones sociales en las que se realiza. No se trata sólo de un juicio moral, sino de situar la vida humana en un contexto que le dé sentido. De poner en relación los acontecimientos sociales con las preguntas básicas que debe hacerse todo hombre: ¿Por qué?, ¿para qué?, ¿delante de quién?, ¿hacia dónde?,... Esta palabra pertenece igualmente a los laicos que deben ofrecerla en forma de diálogo. Se trata de no dejarse envolver por el discurso ya hecho, sino de provocar a

² Esta es la dimensión que, no siendo única, nos interesa resaltar en esta pequeña reflexión.

³ “La grata noticia de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído, combate y elimina los errores y males que provienen de la seducción permanente del pecado. Purifica y eleva incesantemente la moral de los pueblos (...). Así, la Iglesia cumpliendo su misión propia, contribuye, por este mismo hecho, a la cultura humana y la impulsa, y con su actividad –incluso litúrgica– educa al hombre en la libertad interior” (GS., 58, recogido en ChrL. 44).

este discurso que todos llevamos en la boca (nuestros tópicos culturales) a ahondar, a buscar,... Esta palabra no trata siempre de convertir, sino que busca acompañar, desde nuestras convicciones, a la nueva cultura plural para ensancharla.

b) La segunda forma es la **presencia sacramental**. Se trata de aquella en la que la Iglesia se presenta como un grupo separado, distinto que se ofrece a la sociedad como ámbito de contraste. La Iglesia se muestra como comunidad de convocados para manifestar, con su alabanza y forma de vida, la acción de Dios para todos. Esto supone que la comunidad eclesial se distancia (individual y colectivamente) de determinadas formas de existencia, típicas de un determinado momento social, por incompatibles con el evangelio (Rom 12, 2) y que así existe en medio de la sociedad como una presencia indicativa de una vida mayor de la que la sociedad piensa, vive, organiza (Mt 5, 14-16). No se trata de crear un *ghetto*, la elección de Dios no tiene como objetivo aislar un grupo de puros, sino convertirlos en espacio de vida para todos⁴. Tampoco de ocultar nuestra participación en el pecado de todos, sino de mostrar como éste siempre es menor que la gracia. Mostramos lo que nos es dado y se hace luz incluso atravesando nuestro pecado (TDV., 57-58).

Esta presencia sacramental tiene dos ejes: el primero es la *vida de alabanza*, que sitúa al hombre agradecidamente en el interior de un mundo creado y destinada a la bendición y no en el espacio trágico de una existencia errática. El segundo es la *vida comunitaria* que ofrece al mundo la visión de una fraternidad plural, en la que todos tienen su espacio ensanchando la esperanza en un futuro de fraternidad total ('sacramento de unidad del género humano': Gal 3, 26-26; LG., 9; NMI., 43; final de la plegaria eucarística sobre la reconciliación II). Los dos tienen su expresión máxima en la celebración de la eucaristía.

c) La tercera forma es **la presencia transformadora** (o de *fermento*). Toda cultura da siempre lugar (y preferencia) a determinadas realizaciones legales, sociales, rituales,... que no siempre coinciden con las necesidades más nobles y urgentes de lo humano. La concepción del sentido de la vida se forma también a través de estas instituciones (los derechos ya reconocidos, las estructuras sociales normalizadas,...). Por eso, la presencia de la Iglesia en aquellos lugares que necesitan de una promoción especial, o bien porque no existe una sensibilidad por ellos o porque ésta es muy pequeña, es imprescindible. Por ejemplo, la creación de asilos, hospitales, escuelas,... por parte de la Iglesia cuando no existían o estaban sólo destinados a determinadas capas sociales, ha creado una forma de entender la vida de la que ya no podemos prescindir. He aquí como se crea cultura desde la acción. De igual modo, la creación de respuestas para situaciones olvidadas o la presencia honesta y crítica de los cristianos en las instituciones ya existentes (familia, asociaciones, política, economía,...) hace que estas no pierdan su nobleza y no olviden sus fines. Aquí no estamos solos, trabajamos junto a todos los hombres de buena voluntad (Flp 4, 8).

Estas tres formas de presencia crean, en nuestra sociedad pluralista, un diálogo continuo hacia la verdad, una referencia de vida común en la que nadie está excluido y espacios de re-creación de la responsabilidad del hombre en el mundo. De esta forma, la cultura puede *convertirse* sin hacerse cristiana confesionalmente. No es necesario una

⁴ Es claro en la vocación de Abraham, separado para que en él fueran bendecidas todas las naciones (Gn 12, 1-3). Anticipo de la elección de los discípulos por parte de Jesús, separados para que vivan a su lado, diferenciándose de los otros, pero para ser enviados a todos como fuente de vida.

sociedad confesional para que la fe sea uno de los dinamismos más importantes de crecimiento de la vida humana hacia su destino.

4. La presencia de la Iglesia en nuestro espacio cultural.

Vamos a presentar ahora algunas tendencias de la cultura actual que nos servirán de punto de arranque para objetivar cómo la fe podría ser fuente para su discernimiento y nutrirse de ellas o ponerlas en crisis.

La postura eclesial debe ser la de aquel que porque conoce su debilidad sabe comprenderla y acompañarla en los demás, ya que la Iglesia misma participa de esta cultura y es afectada por ella interiormente, en lo mejor y en lo peor. Por tanto, nada de ataques furibundos de puritanos (Gal 2, 14b). Pero tampoco nada de hundirse bajo la obsesión de nuestra historia de pecados eclesiales de tal forma que ocultemos la acción real de Dios y la fecundidad de su gracia a pesar de nuestro pecado.

La fe tiene derecho legal a una presencia social y el deber divino de ser proclamada con acciones y palabras. Veamos estas tendencias. Mostraremos cuatro acontecimientos culturales negativos que surgen de intuiciones positivas de la cultura en la que vivimos. En cada uno de ellos indicaremos las posibilidades de fecundar esta cultura que tiene nuestra fe:

a. La quiebra de la presencia de Dios.

A partir de la Ilustración (quizá un poco antes) el hombre se ha situado en el centro del mundo, al que interpreta desde su libertad y sus capacidades. El hombre decide su sentido. Aquí aparece el descubierto de una verdad de fe: la creación da gloria a Dios cuando el hombre se apropia de ella utilizando su libertad para darle sentido. Sin embargo, el yo individual se ha convertido en sujeto de verdad al margen de las tradiciones y de las instituciones que mediaban la búsqueda de este sentido. Este proceso ha afectado en Europa de una manera especial a la Iglesia que ha ido perdiendo capacidad de presencia significativa en el sujeto humano. Esto supone que la presencia de Dios que se ofrece, según la tradición judeocristiana, a través de la historia de una comunidad y la interpretación que ella da de sí misma, pierde su voz y queda a merced de la interpretación del sujeto. Poco a poco, el discernimiento se desarraiga de esta historia y Dios queda sujeto al sentimiento interior. Muerta su voz concreta, histórica e institucional, Dios queda dibujado por la decisión del hombre. Dios se vuelve imagen del hombre. Dios deja de ser el Dios que quiere ser y queda preso de *vientre* del hombre y de los espacios a los que este le circunscribe.

La pérdida del Dios que se da a conocer en una historia e institución concreta conlleva, además, la pérdida de la referencia última y objetiva más allá del sentimiento. El hombre queda sujeto a la pluralidad humana sin más referencia que ella misma. Pero, sin Dios no hay verdad absoluta, y aunque sin Él no todo está permitido, nada se puede fundamentar definitivamente. He aquí el origen de la quiebra actual de la verdad moral.

La fe tendrá que ofrecer a la cultura una memoria objetiva de la acción de Dios que libere su voz. Tendrá que presentar a Dios con la historia concreta en la que se ofrece y que sitúa al hombre, más allá de sí mismo, en la vocación a la que está llamado. De esta forma, su libertad no se pierde en los meandros de una búsqueda sin horizonte definido. La presencia de la historia de Dios que ofrece la Iglesia es una provocación cultural que invita a todo hombre a afrontar la pregunta radical a la que debe enfrentarse como destino sagrado. No basta el decirse “yo decido sobre mi vida”; hay que preguntarse: ¿quién da a mi vocación su carácter radical y su futuro? ¿quién da a

mi vida y mis decisiones verdad última? (VL., 39-40.45). Para ello, la Iglesia debe ahondar en la Palabra concreta de Dios como fuente de espiritualidad (NMI., 39-40)⁵ y dejar de apoyarse en esa religiosidad mediocre del sentimentalismo devoto y ahondar en una confianza (crítica, si se quiere, pero fundamental) en sí misma como institución que la ofrece.

b. Las posibilidades abiertas del mundo y la quiebra de su sentido.

El desarrollo tecnológico de los últimos dos siglos, acelerándose casi en proporción geométrica a medida que avanza, ha creado unas posibilidades de vida y de bienestar impensables hace unos decenios. El hombre parece haber cumplido la orden de Dios de dominar la tierra y lo hace cada vez más. Hay que alegrarse de la capacidad creativa y productiva del hombre y reconocer en ella una cualidad que le asemeja a Dios mismo, que le manifiesta como su imagen.

Ahora bien, repitiendo la historia antigua (Dt 8, 7-20) y olvidando que la tierra y el poder sobre ella es un don, ha arrancado su actividad del ámbito de la gratitud y el respeto. El hombre se ha apropiado de la tierra como si todo fuera obra de sus manos y para sus solas manos. Los sistemas económicos han hecho del trabajo y de la creatividad una mercancía donde el hombre no se encuentra con un espacio para la gratitud por el pan cotidiano, sino una fuente de orgullo y de obsesión por la riqueza, que deja a muchos fuera del sistema y a la tierra herida en su fecundidad.

Por otra parte, este sistema de búsqueda compulsiva de apropiación de bienes genera un miedo inconsciente a la pérdida de los niveles adquiridos en el que cualquier cosa o cualquiera que suponga una amenaza es expulsado. Se ha parcelado el mundo haciendo de los derechos individuales un absoluto frente al derecho común a los bienes de la creación. De esta manera, se ha instalado en la mente del hombre una doble medida de análisis según piense en su parcela del mundo (el norte desarrollado) o en la otra (esté en el norte o en el sur). Esto ha creado el falso pensamiento sobre la posibilidad de ayuda al desarrollo sin ascesis (en lo personal y en lo político) que cree poder ayudar sin ayunar, sin prescindir de bienes.

Frente a esto *la fe se presenta como cultura de la memoria agradecida*: los talentos son siempre talentos otorgados y el mundo necesita cuidado y respeto para ser fecundo. Presenta una cultura de la gratitud a la tierra, a los otros y a Dios, frente a una cultura de la posesión (el consumo y la envidia) y el orgullo (“yo soy por mí mismo”). Por otra parte, la fe rompe la preponderancia cultural del individuo a través de la conciencia de que el mundo está creado *para la fraternidad* y no para el desarrollo aislado de cada individuo o pueblo. Esto supone la práctica interior de una generosidad ascética, es decir, de una cultura que sabe renunciar a algunas de sus posibilidades haciendo de esta ascesis una fuente de mayor bienestar para todos (Mc 12, 43-44). La universalidad concreta de la Iglesia y su comunión de bienes (Gal 2, 9-10) puede educarnos para acoger nuestro mundo dividido como espacio de fraternidad efectiva y extenderla provocativamente hacia una cultura con conciencia de mundo común y plural (y no sólo globalizado para la economía y las noticias de los ricos) (TDV., 59-60; NMI., 49). Las formas políticas quizá tengan que darlas otros, pero hay que ir creando esta cultura que las sostenga y que las llame a la existencia (ChrL., 42).

⁵ Cf. «Jesucristo, revelación de Dios a nuestro mundo», en *Jesucristo, la Buena Noticia. Congreso de pastoral evangelizadora*, Madrid 2000, 118.

c. La aparición de los derechos populares y la quiebra de la comunidad global.

Esta forma de existencia ha roto la humanidad global, justo cuando ésta se ha hecho más manifiesta. Pero antes de ver este desarrollo negativo hay que reconocer los logros de nuestra cultura en este ámbito. A partir de la Revolución francesa los pueblos se han hecho con el poder sobre su destino más allá de su dependencia de jerarquías más o menos absolutistas. Este acceso a la democracia es un logro absoluto de la conciencia moderna del que ya no se puede prescindir. Esto, además, ha posibilitado la aparición de derechos *populares*, es decir, de mayorías antes insignificantes, que ahora no pueden ser arrinconadas. El movimiento sindical, como lo fue en su día el movimiento burgués, ha sido una bendición de Dios (aún con todas sus deficiencias). En este mismo sentido, hay que hablar de la aparición de los derechos humanos.

Sin embargo, nuestra sociedad ya instalada plácidamente en unos derechos aparentemente conseguidos para los miembros ‘de derecho’ de nuestros estados, se ha detenido creando una doble identidad frente a ellos. A saber, miembro del *estatus* legal o extranjero ilegal, sin papeles, casi sin derechos (aquí habría que situar también las minorías segregadas, entre las que cabe apuntar la de los ‘no nacidos’). Es perceptible el movimiento interior que se está produciendo en la conciencia social que por ahora sólo se expresa (salvo excepciones) en palabras o ideas racistas (habitualmente racismo económico que nos llega de nuestros miedos). Mientras que crece la sensibilidad hacia los derechos legales propios, se reduce (o se olvida) la protección de derechos humanos básicos.

Frente a esta situación, la fe debe crear una *cultura de la dignidad personal* más allá de los derechos establecidos nacional y legalmente (ChrL., 37). La cuestión no es nueva (Dt 1,16-17; 10,18-19; Lev 19,33-34; 25, 6; Mt 15, 21-28). Sabemos, además, que Dios se hace provocativamente presente en aquellos que no están todavía ‘integrados’ para que ensanchemos nuestra mirada y nuestro corazón hasta que se haga uno con la extensión de nuestra humanidad global (Mt 25, 31-46)⁶. La cruz de Cristo sigue llamando a hacer de los dos pueblos uno (Ef 2, 11-22: en un momento en el que la división entre judíos y gentiles ha derivado hacia la de integrados en el sistema y expulsados de él).

d. La quiebra del hombre interior.

La ‘antífona’ de la Ilustración, “*atrévete a pensar*”, ha creado en el hombre una fuerte confianza en la capacidad de verdad que puede descubrir por él mismo. Es cierto, nadie puede delegar su responsabilidad, todos somos sujetos frente al sentido de las cosas. Frente a la imposición de una verdad ya definida totalmente, ha aparecido arrolladoramente el diálogo como fuente de riqueza en su búsqueda (ES., 39-61). Quién puede negar que esto ha sido un logro que no debe perderse. Ahora bien, esta dimensión humana se ha desarraigado de la confianza en su tradición y en sus instituciones, creando un sujeto sin pasado y, por tanto, sin referencias que orienten la búsqueda. Se crea un pluralismo mediocre, sin contexto y sin verdad objetiva última, ya que el sujeto se convierte en lo único que da verdad (VL., 22-24). De esta manera, todo es verdad y a la vez todo es mentira. Sólo quedan opiniones para andar por casa. Sin esta verdad última, el hombre no se define nunca en radicalidad, no compromete su vida con una verdad básica de referencia no opinable y, por tanto, el sujeto no alcanza nunca una identidad y una moral fuerte.

⁶ Podríamos añadir en esta aceptación de lo no integrado a los derechos reconocidos por los que forman parte de una comunidad establecida a los que son rechazados en el aborto.

Además la macro-estructura económica que ha arrebatado a los estados gran parte de sus decisiones desde un poder escondido y aparentemente no dependiente de nadie, ha creado un escepticismo en la capacidad humana *personal* de transformación del mundo. Sólo queda dejarse llevar creando pequeños refugios de vida. La insignificancia sentida conduce a la irresponsabilización ante los retos sociales. El individuo desmotivado y conforme con un pequeño trozo de pan y diversión es el resultado de esta situación.

La cultura que surge de la fe hace de cada hombre un "tú" frente a Dios y frente al mundo. La llamada al seguimiento para ser fermento del reino que hace Jesús a gentes apenas significativas, y el Espíritu que les promete, genera una vitalidad y una fortaleza más allá de toda debilidad. Ningún poder está por encima de la acción de Dios sobre el mundo a la que se nos invita a asociarnos (Rom 8, 38-39; Ef 6, 10-20). El compromiso de Dios con cada hombre y la victoria de Cristo sobre todo poder (Flp 2, 9-11), da al hombre una fortaleza que rompe la apatía culturalmente y es fuente de responsabilidad y compromiso incluso en la debilidad y la pequeñez. El sujeto es reconstruido en una personalidad que nada le puede arrebatar y en la que se sostiene por encima de toda desconfianza en sí mismo (Lc 12, 4-12). La verdad a descubrir es siempre complementaria de la verdad de esta presencia de Dios que le elige personalmente y le destina a dar fruto en un proyecto concreto: el Reino (VL., 37).

He aquí algunas dimensiones de la fe que la Iglesia debe reflexionar y acometer de manera urgente. La aportación a la cultura siempre viene de la vitalidad de esta fe. Dios no nos pide ofrecer una buena imagen, aceptable por todos, para sobrevivir ofreciendo un poco de vida. Se trata de hacernos presentes con toda la riqueza que suscita Dios en nosotros y que hace a la Iglesia unas veces rostro amable y otras rostro odioso (NML., 41), ya que revela el pecado que nuestra sociedad no quiere aceptar como suyo. Asumir con gozo esta tarea, integrando el sufrimiento que proviene de ella, será nuestra aportación a la creación de una cultura cada vez más humana.

Para la meditación personal.

1. Reflexiona despacio y dialoga con Dios hasta qué punto estás afectado por los elementos paganos de la cultura actual:

- Desconfianza hacia lo institucional, incluida la Iglesia
- Desvinculación de tu espiritualidad de la Palabra de Dios y concentración en devociones sentimentales sin apenas implicaciones personales o sociales,...
- ...

Puedes meditar el texto de **Rom 12, 1-2**.

De igual modo puedes reflexionar despacio qué elementos de la cultura actual te ayudan a comprender mejor tu fe y agradecer a Dios este enriquecimiento. Para ello puedes meditar el texto de **Fip 4, 8-9**.

2. Una buena oración sobre la fraternidad puede ser la meditación de **Ef 2, 11-22** desde la perspectiva dada en el texto (*La aparición de los derechos populares...*).

3. ¿Cuál es tu postura ante el mundo?:

- Estoy en el espacio de la salvación y los demás están en la perdición (así dicho o más matizadamente). Medita el final de las parábolas de los viñadores homicidas y de los invitados al banquete dirigidas a los dirigentes de Israel y ahora a ti. **Mt 21, 33-43 (43)** y **Mt 22, 1-14 (11-14)**.
- Estoy aquí porque me ha tocado, pero todos los sitios son iguales. Medita despacio la vocación de Abraham (su elección, su cambio de sitio, la bendición de todos *a través suyo*): **Gn 12, 1-3**. ¿No tendremos todos un lugar propio necesario para la salvación de todos? ¿no es esta la pregunta radical por la vocación y la elección divina?
- ¿Qué podemos hacer si no tenemos ningún poder, si cada vez somos más insignificantes? Medita **Jer 1, 4-10** y **Mt 17, 14-21**.

Para el diálogo.

1. ¿Crees que la palabra, la presencia y la acción transformadora de la Iglesia (a nivel personal y de institución) es significativa en la cultura actual?
 - Si tu respuesta es positiva, ¿en qué crees que se nota?
 - Si tu respuesta es negativa, ¿qué crees que falta y que sensación te produce?

2. La presencia cultural de Dios está reducida al ámbito del sentimiento y a momentos puntuales de tal manera que el Dios en quien se cree se distancia, cada vez más deprisa, de la imagen que el Dios cristiano da de sí.
 - Crees que este fenómeno afecta a los cristianos practicantes? ¿Cómo?
 - Si es cierto que la cultura nos está robando nuestra imagen de Dios, ¿qué respuesta dar a este fenómeno?

3. Una cultura de acogida del diferente, extraño (y hasta molesto) como rostro en el que se manifiesta Dios y rompe nuestros egocentrismos personales o grupales es específicamente judeocristiana,
 - ¿En qué logramos mostrar esta característica que nos pertenece?
 - ¿Dónde percibes que seamos deficitarios en nuestra vivencia de ella?

4. No es claro que exista una inmoralidad generalizada, pero parece cierto que la moral se ha diversificado en sus principios y en sus criterios de discernimiento.
 - ¿Crees que tenemos capacidad para ser referentes? ¿Por qué?
 - ¿Cómo podríamos ayudar a humanizar la conciencia moral de la sociedad?

5. Hemos pasado de una cultura de la celebración cristiana omnipresente (casi todas las fiestas tienen referencias culturales cristianas que se van perdiendo) a una cultura de la celebración de la vida sin referencias celebrativas especiales (hay que estar de fiesta y no se sabe muy bien por qué: viernes noche, día de la bicicleta,...).
 - ¿Experimentas esto en el mundo donde desarrollas tu labor pastoral? Por ejemplo, ¿Qué suponen *cristianamente* las fiestas con referencias cristianas (domingo, santos, Navidad,...)?
 - Por otra parte, ¿qué opinas del tipo de fiestas que se organizan desde el mundo político y social (ayuntamiento, asociaciones de barrio,...), y de la participación de la gente en ellas?

6. Por tu trato pastoral con cristianos laicos y con compañeros presbíteros, ¿crees necesario una especie de espiritualidad *terapéutica* (de re-construcción de un hombre/mujer roto interiormente) en nuestra pastoral? Si tu respuesta es positiva, ¿Puedes apuntar alguna intuición o acción práctica que ayude a desarrollarla?

Bibliografía:

- *Gaudium et spes*, 53-62: «El sano fomento del progreso cultural».
- ROVIRA BELLOSO, J.M., *Fe y cultura en nuestro tiempo*, Sal Terrae 1987; y *Sociedad y Reino de Dios*, PPC 1992.
- GARRIDO, J.J., «Raíces culturales que justifican la aparición del Documento»; y GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O., «Reflexiones sobre realidades y problemas latentes»., en *Para ser libres nos liberó Cristo. Comentarios y texto del documento «La verdad os hará libres»*, EDICEP 1990, 153-272.
- RUIZ DE LA PEÑA, J.L., *Crisis y apología de la fe. Evangelio y nuevo milenio*, Sal Terrae 1995.
- NEWBIGIN, L., *Una verdad que hay que decir. El Evangelio como verdad pública*, Sal Terrae 1994.